

Georges COTTIER, *Humaine raison. Contributions à une éthique du savoir*, Ed. Universitaires, Fribourg (Suisse), 1980, 232 pp. 15 × 22,5.

El problema de la razón no es de carácter exclusivamente lógico, cuestión de coherencia o de correcta aplicación de las reglas que aseguran el buen funcionamiento de la misma: se trata, más allá del campo de la razón, de un problema ético. El uso de la razón, su ejercicio, está afectado por la voluntad: un aséptico empleo de la razón es imposible por el simple motivo de que el hombre no es razón pura; la inteligencia humana requiere el concurso del cuerpo, de los sentidos, para poder iniciar su actividad. La idea que uno se forme de la inteligencia y del modo de su ejercicio actuará inevitablemente como presupuesto, consciente o no, del quehacer teológico. La Teología, «inteligencia de la fe», depende estrechamente de la «inteligencia de la inteligencia».

He aquí lo que podría constituir el encuadre general de la obra que nos ocupa. Una buena parte de los temas teológicos debatidos —a nivel fundamental— irán surgiendo unidos por el hilo conductor fijado por la dependencia existente entre la Teología y el modo de filosofar, el cual, a su vez, tiene mucho que ver con el modo de entender la razón humana y su actividad. De ahí el título y subtítulo de esta nueva obra del P. Cottier.

El libro, tras una introducción en la que se trata de centrar el punto de vista desde el que se encara el estudio de los temas, tiene tres partes: en la primera, *Condiciones éticas de la búsqueda de la verdad* (pp. 17-73), se abordan los requisitos necesarios que hacen posible el encuentro con la verdad. En cuatro capítulos se desarrollan las virtudes que deben adornar la voluntad y acompañar a la inteligencia, pobreza y amor a la verdad, sencillez de espíritu, fe y obediencia, docilidad. En la segunda parte, *Fidelidad a lo real y espíritu de invención* (pp. 77-120), dividida también en cuatro capítulos, trata de dos problemas fundamentales: lenguaje y hermenéutica y relaciones filosofía-fe, ética-religión. *Saber ético y acción* es el título de la parte tercera. Su contenido es quizá el más heterogéneo. Los tres primeros capítulos se ocupan de temas tan dispares como el de la especificidad del orden moral, el ecumenismo y el de las relaciones entre información y conciencia moral; es cierto, sin embargo, que el tema de la verdad sigue haciendo de lazo de unión. Esta parte se cierra con unas interesantes aproximaciones al modo como dos representativos autores —Blondel y Mounier— «utilizan» la razón. Por fin, en la última parte, *Crisis de la sabiduría*, el A. se dedica a hacer algunas acertadas consideraciones sobre la actual situación de la Teología.

Quien lea la descripción que acabamos de hacer tendrá ciertamente una información del contenido de esta obra; pero no sospechará siquiera la agudeza de los análisis, las abundantes sugerencias, la riqueza de matices y el carácter sapiencial de muchas páginas del libro. El P. Cottier ha llevado a cabo una labor de serena reflexión —no existen referencias nominales, excepción hecha de la que aparece en la p. 40— y de pon-

derado análisis de la razón, tan largamente ejercitada por él a lo ancho de una vida de intensa producción teológica.

Los aciertos del A. son numerosos. Despunta aquí y allá el experto conocedor de la doctrina de Tomás de Aquino y del pensamiento clásico: bastará leer, para percatarse de ello, el examen de las condiciones que hacen posible la rectitud del juicio práctico (pp. 19-21), o las observaciones sobre la unidad a propósito del ecumenismo (pp. 137-142): «la idea que los artesanos del ecumenismo se hacen de la unidad, ¿no procede, sin que sean conscientes de ello, de la idea que se forjan de la unidad, considerada a un nivel metafísico?».

El análisis crítico se revela penetrante y exacto. Particularmente brillantes resultan las páginas dedicadas al estudio de la *actitud crítica* (pp. 27-36) que es descrita como «la transcripción, en el uso de la razón, de una preocupación pasional o ética: la voluntad de destrucción, el amor a la duda, la desesperación, el rechazo o la sospecha sistemática constituyen su secreto motivo». La descripción del decisivo influjo del *saber técnico* sobre las ciencias humanas resulta igualmente lúcido (pp. 63-65): unos pocos trazos sirven al A. para caracterizar un ambiente producido por la mentalidad técnica, donde «los objetos técnicos se sustituyen unos a otros, se eliminan; cuando surge un nuevo descubrimiento, el último resulta inútil y periclitada. El sabio inventa más si sabe olvidar. En el mundo técnico la experiencia fecunda es aquella que procede de la audacia, que rompiendo los puentes con el pasado, camina por tierras desconocidas». Ambas actitudes, magníficamente expuestas por el A., iluminan *radicalmente* fenómenos tan actuales como el rechazo del pasado, la desconsideración con los antiguos —al menos con los no demasiado antiguos—, el ansia de novedades, la interpretación de cualquier innovación como algo positivo, el menosprecio de cualquier acción conservadora, aún cuando lo que se quiere conservar sea algo valioso y digno de ser mantenido.

El A. no vacila en hacer surgir temas ya largamente debatidos como el de las relaciones entre filosofía y fe cristiana, y otros de más reciente aparición. Entre éstos se sitúa, sin duda, el problema de la hermenéutica; las páginas dedicadas a dilucidarlo (77-94) reconducen el asunto a las cuestiones decisivas: la necesidad de plantear a fondo las verdades de orden filosófico o teológico implicadas en el problema hermenéutico. ¿No es determinante para la hermenéutica bíblica el hecho de la aceptación o no de la inspiración, y del modo de entenderla? ¿No habrá de responder primero a preguntas como éstas: es posible la comunicación entre dos mundos lingüísticos? ¿o son, por el contrario, universos cerrados? En este contexto el A. hace un apunte acerca del lenguaje «que la Iglesia elabora en el ejercicio de su misión de auténtico intérprete de la Revelación» (p. 82). Los términos que expresan los conceptos asumen su propia historia haciéndose polisémicos; de ahí, concluye, la necesidad de un lenguaje técnico en la enseñanza de la Iglesia y en la teología. Basta considerar el fenómeno de los diversos lenguajes técnicos para que «una serie de objeciones dirigidas contra el incomprensible lenguaje de la Iglesia desaparezcan» (p. 82).

Los capítulos dedicados a Blondel y Mounier me parecen ser una

decidida defensa del genuino y auténtico empleo de la inteligencia humana. El talante del quehacer filosófico blondeliano es de carácter apologetico (es significativo que Cottier califique también a la hermenéutica de Bultmann como «apologista») (p. 81). Blondel, según eso, es un estratega del bien, cuya primera preocupación no fue la verdad misma, sino atraer a la fe a los descreídos, sirviéndose para ello de la filosofía que era moneda corriente en aquel momento; y nunca captó el carácter decisivo que para la santidad de una persona guarda su actividad específica, en este caso la filosófica. Magistralmente también resume el A. la actitud espiritual de Blondel en este punto; dicha actitud «comporta una sorprendente indeterminación en relación con la santificación de la inteligencia que viene exigida, por su propia naturaleza, por una vocación consagrada a la verdad» (p. 186). Mounier representa para el A. un ejemplar tipo del filósofo *engagé*, dominado por la *voluntad de presencia*, servidor con su inteligencia de una causa noble; sin descalificar ese modo de proceder, al A. se le antoja —y pienso que con razón— que esta actitud es la propia de un *pensador*, no de un filósofo, cuya tarea exige perspectiva, imposible sin un cierto distanciamiento de los hechos.

Por otra parte, quiero señalar que hay puntos que exigirían un tratamiento más amplio y detenido con el fin de no dejar escapar ningún aspecto en su consideración. Tal, por ejemplo, el tema de la especificidad de la moral cristiana, de la *ética cristiana*, como dice el A. (p. 123). La manera de afrontarlo me parece sugerente: situar las relaciones entre ética y moral cristiana desde la perspectiva de las relaciones entre naturaleza y gracia (p. 133); pienso que quedan abiertas así nuevas posibilidades. El P. Cottier señala, en todo caso, la diferencia específica entre ética y moral en base a la diferente norma o ley que ha de guiar los actos humanos en uno u otro caso: la razón es sustituida por la caridad. Resulta claro que el tema está llamado a ulteriores precisiones. Por lo que respecta a las relaciones entre conciencia moral de la humanidad y opinión pública me parece observar un optimismo que me gustaría ver siempre confirmado por los hechos, pues si es cierto que la conciencia moral de la humanidad se ha vuelto más sensible a ciertos valores gracias a los medios de comunicación, no lo es menos que otras verdades morales sufren un deterioro alarmante. Finalmente, la opinión del A. según la cual la minoría de edad política de la inmensa mayoría de los componentes de la sociedad medieval estuvo causada por la extrapolación al campo civil de la actitud filial que debe existir en los miembros de la Iglesia con relación a ésta, puede ser susceptible de discusión; en cualquier caso, se trata de un factor más —en mi opinión, no decisivo— determinante del fenómeno en cuestión.

Diremos, para terminar, que el libro del P. Cottier tiene la notable cualidad de requerir más de una primera lectura; y no ciertamente porque ésta resulte difícil, sino porque se trata de una obra con la densidad de lo aparentemente sencillo. Una obra que es preciso leer; hacerlo constituye un descanso y representa, a la vez, un acicate para proseguir el estudio de los temas tratados.

JOSÉ MARÍA YANGUAS